

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS, MI AMIGO

Conocí a Miguel Ángel Asturias en 1963 en París. Trabajaba yo en aquel entonces en las emisiones en lengua española de la Radiodifusión-Televisión Francesa y estaba a punto de aparecer en librerías mi libro *Lumumba ou l'Afrique frustrée*.¹ En adelanto a su publicación, el semanario "Jeune Afrique" iba a consagrarle sus páginas centrales.

Una ola de frío azotaba la capital francesa en esa mañana del 21 de enero de 1963, cuando salí a la calle con el propósito de adquirir un ejemplar de la revista en la papelería más cercana. En el trayecto de regreso, resbalé sobre una placa de hielo, dislocándome el hombro derecho.

Pese a mi situación maltrecha, mis colegas de la Radio insistieron en no reemplazarme para entrevistar, escayolado y todo, a Miguel Ángel Asturias el día 24 de ese mismo mes. Así tuve la oportunidad de conocerle, iniciándose una amistad que había de prolongarse durante más de diez años, hasta su muerte en Madrid el 9 de junio de 1974.

Mi admiración por Miguel Ángel Asturias se nutría ya entonces del conocimiento de su obra. A mis ojos encarnaba, además, muchos de los aspectos de un Continente que ansiaba conocer, y representaba un ejemplo ético de existencia solidaria de causas justas. Creo que a él le interesó en mí el hecho de ser portador reciente de una experiencia que le pareció fascinante: haber sido testigo de excepción del tumultuoso proceso de descolonización en África, compañero de lucha de Patricio Lumumba y fundador del Instituto de Estudios Congoleños. Nos unía, por lo demás, la común pasión por la poesía.

En los primeros tiempos de nuestra amistad, me veía con él en la terraza del Café de la Coupole, en el Barrio de Montparnasse, cercano al pequeño Hotel des Balcons donde vivió antes de asumir la Embajada de Guatemala. El café "La Coupole" era un lugar de gratos recuerdos para Miguel Ángel Asturias por haberlo frecuentado en los años 30 para reunirse con Arturo Uslar Pietri, Alejo Carpentier, César Vallejo o el poeta surrealista francés Robert Desnos. Al asumir en 1967 la Embajada de Guatemala en París, nos veíamos más de tarde en tarde, ya fuere en su residencia de la rue de Courcelles, o en actos en la Sorbona, la Mutualité o la Maison de l'Amérique Latine, así como en alguna exposición y, muy en particular, la que bajo su patrocinio consagró al arte maya en el Grand Palais de París, sin contar con alguna visita a casa del profesor Amos Segala quien habría de convertirse en el pivote esencial de la Sociedad de Amigos de Asturias y, a la muerte de éste, en albacea literario, cuidadoso de fomentar el estudio de su obra.

¹ Luis López Álvarez, *Lumumba ou l'Afrique frustrée*, París, Cujas, 1965.

A poco de conocernos, Miguel Ángel Asturias leyó el manuscrito de una novela mía de ambiente congoleño que se apresuró a recomendar para publicación a su editora en París, la casa Albin Michel. La novela estaba escrita en español y Miguel Ángel Asturias, que aún no tenía el Nobel, no consiguió su propósito. En cuanto a mi poesía, ésta ya iba siendo publicada en España y mereció más de un elogio escrito o hablado de su parte, al ser entrevistado, en particular, por la Televisión Española, llegando incluso a pedirme que grabase mis poemas que hacía escuchar luego a algunas de sus visitas. Cuando años después fundé la revista de poesía "Desquicio", reuniendo en torno mío al poeta paraguayo Rubén Bareiro Saguier y al argentino Saúl Yurkievich, junto con el crítico francés Jean Michel Fossey, Miguel Ángel Asturias nos animó en nuestro empeño, confiándonos su poema "Invocación de los vencidos" para el tercer número de la publicación.

En 1965, llegó a conocimiento del poeta martiniqués Aimé Césaire, gran artífice del movimiento poético de la negritud, la publicación de mi libro *Lumumba ou l'Afrique frustrée*. Césaire había escrito ya el primer acto de su obra teatral *Une Saison au Congo* cuando solicitó mi asesoría para el diseño de los actos restantes. Esto dio lugar a que durante unos meses frecuentase, tanto a él como a Jean Marie Serreau, gran director teatral francés que debía estrenarle su nueva obra, tras el éxito alcanzado con el montaje de la precedente: *La tragedie du Roi Christophe*.

Pasado un tiempo, Jean Marie Serreau me comunicó su interés por conocer el teatro de Asturias con vistas a alguna puesta en escena. Yo le dije que, en mi opinión, las obras que llevaba escritas no se prestaban al tipo de teatro que él solía montar con su elenco. ¿Y adaptar alguna de sus novelas a la escena? Ya existían no menos de tres adaptaciones teatrales de *El Señor Presidente*, pero él buscaba más bien un estreno. Fue entonces que le sugerí la idea de adaptar al teatro las novelas de la trilogía bananera: *Viento Fuerte*, *El Papa Verde* y *Los ojos de los enterrados*. Correspondían, en efecto, al mundo realista y onírico a la vez, de los sueños y luchas de los pueblos, que Jean Marie Serreau solía evocar a través de las últimas obras estrenadas, tanto del poeta argelino Kateb Yacine como del propio Aimé Césaire: teatro en suma poético y comprometido a la vez.

Tras leer la trilogía bananera, Jean Marie Serreau me comunicó su deseo de conocer a Asturias. Así organicé el 16 de abril de 1967 una primera reunión en mi casa del 212 de la rue de Grenelle, en París. Asturias conoció así, tanto a Serreau como a Aimé Césaire, congeniando de inmediato con ambos. Desde el primer momento Serreau y Asturias se fueron animando más y más en su conversación, como si dieran por hecho ya el montaje teatral de las tres novelas, lo que me llevó a interrumpirles para preguntarles que a quién iban a encomendar su necesaria adaptación.

Para mi gran sorpresa, ambos me respondían al unísono: "usted". Desconcertado, rechacé la idea. Mi experiencia teatral era sumamente exigua.

Se resumía en haber comenzado a los 15 ó 16 años a escribir una obra en verso sobre la vida de San Juan de la Cruz y haber interpretado a los 19 el papel de Hamlet en un teatro de ensayo en Valladolid. ¿Cómo podía yo lanzarme con tan pequeño bagaje a una empresa tan ambiciosa?

Ante su insistencia (un poeta como yo debía necesariamente salir airoso de la prueba, etc.) se me ocurrió una idea: La adaptación no la haría ni la firmaría yo solo, sino acompañado de mi primera esposa, Marie-Thérèse Scaillierez, quien vivía todavía y sentía verdadera pasión por el teatro. Con su ayuda sí que estaba seguro de poder lograrlo.

Pusimos manos a la obra y el 31 de agosto de 1967 le leíamos ya a Miguel Ángel Asturias las dos primeras partes de la adaptación que habríamos de dar por terminada unos meses después. Al sometérsela, le confiamos que habíamos comprobado hasta qué punto el desarrollo argumental parecía exigir en el teatro mayor consecución que en las novelas, explicándole las tres circunstancias precisas en que parecía aconsejable introducir sendas escenas nuevas. Convino en lo acertado de las consideraciones, pidiéndonos que las escribiéramos nosotros mismos, lo que hicimos no sin escrúpulos. La adaptación así completada fue bautizada, según los deseos de Asturias, con el nombre de *El Papa Verde*, título que repite el de la segunda novela de la trilogía.

El 1 de diciembre de 1968 le entregamos la versión definitiva a Jean Marie Serreau quién inició de inmediato los contactos necesarios para su estreno mundial. Normalmente hubiera debido efectuarse en el Teatro del Nuevo Mundo de Ottawa, creado por las autoridades canadienses para estrenos simultáneos de obras en francés e inglés, mas el deceso inesperado de Jean Marie Serreau dio al traste con el proyecto. Después, Miguel Ángel Asturias hizo algunas gestiones con un productor alemán que pensó servirse de la adaptación para llevarla al cine y yo mismo se la ofrecí al director francés Perenetti quien había sido ayudante de Serreau y dirigió en determinado momento el Teatro Nacional Popular de Francia, mas, al parecer, un cambio de gobierno en París redujo las subvenciones disponibles para estrenos. Lo cierto es que ambas gestiones no dieron resultado con lo que la adaptación de las tres novelas de Asturias al teatro permanece inédita hasta el día de hoy.

La aceptación en 1967 por parte de Miguel Ángel Asturias de la Embajada de Guatemala en París de parte del Presidente Méndez Montenegro —a la que renunciaría al abandonar éste el poder en abril de 1970— suscitó fuertes reacciones adversas en amplios sectores de la izquierda latinoamericana. Fue precisamente el deseo de disipar las malas interpretaciones sobre su comportamiento lo que me llevaría a aceptar, años después la oferta que me hicieran desde Madrid de elaborar un libro de *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*, para una colección en que habían aparecido ya sendos volúmenes sobre Sender o Delibes.²

² Luis López Álvarez, *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*, 1ª ed., Madrid,

El compromiso político de Asturias fue constante mayor de su existencia. Iniciado en sus tiempos de universitario en la redacción del periódico *El estudiante* y en las luchas callejeras que le llevaron por vez primera a la cárcel hasta el derrocamiento de Estrada Cabrera —el dictador retratado en su novela *Señor Presidente*—, había de prolongarse a lo largo de toda su vida. Ya en 1921, Asturias representaba a su país en el histórico Congreso Internacional de Estudiantes, convocado por Vasconcelos en México. Años después, fundaba en París, junto con el uruguayo Quijano y el peruano Haya de la Torre, la muy militante Asociación Latinoamericana de Estudiantes, movilizadora en solidaridad con las luchas antiimperialistas en América Latina, empezando por la de Augusto César Sandino en Nicaragua.

Al producirse en su país la revolución de 1946, que elevó a Arévalo al poder, Miguel Ángel Asturias iniciaba una carrera diplomática que habría de proseguir bajo la presidencia de Arbenz, último Presidente democrático del país. La caída de Arbenz, derrocado por Castillo Armas, le obligó a exilio itinerante, antes de radicarse por un tiempo en Buenos Aires. Por aquellos años, Miguel Ángel Asturias denunciaba lo sucedido, tanto en su patria como en otros países de América Latina, en las tribunas del Congreso Panasiático de la India, de la China de “las cien flores”, del Festival de la Juventud de Moscú o de las reuniones del Pen Club Internacional en diversas ciudades europeas. En julio de 1960, asistía en La Habana a las festividades organizadas por el gobierno revolucionario, regresando en enero del año siguiente como jurado del Premio Casa de las Américas. Ese mismo año encabeza el movimiento internacional de solidaridad con la Revolución Cubana al presidir en Montevideo la llamada Conferencia de los Pueblos, réplica a la Conferencia de Punta del Este organizada con el propósito de expulsar a Cuba del sistema interamericano. Este hecho le valdrá ser encarcelado poco después en Buenos Aires al ser el Presidente Frondizi derrocado por los militares.

Pero un escritor así, que había hecho coincidir siempre su actuación pública con los valores que defendía en su obra, continuo alegato a favor de las luchas populares, llegado a los 68 años de edad, era puesto en entredicho, por obra y gracia de algún burócrata incrustado en las instituciones cubanas. Cabe recordar que por aquellos años un anatema venido de La Habana, repercutido por cámaras de eco en todos los continentes, podía echar un velo de sospecha sobre las conductas más consecuentes. Neruda sufrió de ese tipo de incomprendimientos. A Asturias también le llegó su turno. Yo mismo tuve ocasión de presenciar en París como, por ejemplo, a la salida de un acto en la Sorbona un grupo de mozalbetes se le acercaba, lanzándole octavillas en las que le tildaba de traidor.

En *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias* pude aclarar unos años

Ed. Magisterio Español, 1974. 2ª ed., San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1976.

después que si Asturias aceptó la embajada fue a requerimiento del propio Partido Guatemalteco del Trabajo y por consejo del propio Arbenz, al que el escritor seguía considerando como su verdadero presidente. Lo cierto es que la campaña, en parte instigada desde La Habana, le produjo gran pesar. Asturias era un ser particularmente desvalido, que no sabía defenderse y al que la obligación de guardar silencio inmovilizaba aún más. Afortunadamente, con el correr de los años han ido apareciendo otros testimonios corroborando el mío.³

No obstante, en el mismo orden de ideas, debo revelar los detalles de un caso del que fui testigo de excepción: el del profesor Jaime Díaz Rozzoto, quien fuera Secretario de la Presidencia de la República en tiempo del gobierno democrático del Presidente Arbenz. Un buen día, el profesor Díaz Rozzoto fue raptado, torturado salvajemente y arrojado en prisión. Una de las primeras cosas que Asturias le planteó al Presidente Méndez Montenegro, al aceptarle la embajada en París, fue la liberación de Díaz Rozzoto.

La respuesta del Presidente ilustra bien hasta qué punto él mismo mandaba poco en su propio país. Méndez Montenegro se mostraba, en efecto, dispuesto a poner en libertad a Díaz Rozzotto, pero a condición de que Asturias le hubiese conseguido de antemano un país de asilo. De dejarle libre en Guatemala, no respondía de lo que pudiera sucederle.

Miguel Ángel Asturias hizo una primera gestión ante las autoridades cubanas. Mas, como su petición no prosperase, se decidió a plantearle el caso personalmente al General de Gaulle, Presidente de la República Francesa, quien ofreció de inmediato asilo en Francia al profesor guatemalteco.

Díaz Rozzotto llegó a París tras haber atravesado situaciones alucinantes de las que sólo conseguiría sobreponerse pasado bastante tiempo. Miguel Ángel Asturias, conocedor de que, independientemente de mis trabajos periodísticos, yo colaboraba por entonces con el gran economista y humanista francés François Perroux en investigaciones tanto en el Colegio de Francia como en el Instituto de Estudios del Desarrollo de la Universidad de París, me pidió que gestionara la posibilidad de conseguirle un trabajo temporal a Díaz Rozzotto. Se trataba de ganar el tiempo necesario para que él pudiera obtenerle una situación más estable. Perroux dictó de inmediato un documento en el que se especificaba que, dentro del marco del gran proyecto de investigación que estaba liderando sobre “Grandes firmas y pequeñas naciones”, se abriese una línea de investigación sobre “Nuevas formas de presencia de la United Fruit en las economías centroamericanas” que llevaría a cabo el profesor Díaz Rozzotto bajo mi supervisión.

En 1967 la UNESCO sacó a concurso internacional el puesto de jefe de la sección en Lengua Española de su División de Radio e Información Visual, circunstancia que yo habría ignorado de no mediar la insistencia amistosa

³ Véase, en particular, el artículo de Marcos Vinicio Mejía “Motivos del Embajador” en el diario *La Hora*, Guatemala de la Asunción, 6 de noviembre de 2004.

de dos funcionarios de la Organización: el poeta y diplomático panameño Roque Laurenza y el ensayista español Francisco Fernández Santos. Ambos me animaron a presentar mi candidatura, a lo que me mostré renuente, temeroso de cambiar la relativa libertad de mi trabajo en la Radiodifusión Francesa por el que podría esperarme en una Organización tan aparentemente burocrática como la UNESCO. Mas, fue tanta y tanta su insistencia, que acabé presentando al fin mi candidatura en la fecha límite del 31 de agosto de 1967, olvidándome después del asunto.

Hacia finales de año, mis amigos me comunicaban que el comité encargado de la selección, confrontado con una cincuentena de candidaturas, había preseleccionado cinco entre las que se encontraba la mía. Mis amigos aseguraban que técnicamente mi candidatura era la que mejor correspondía al perfil del funcionario que se quería reclutar. El trabajo propuesto coincidía en gran medida con el que venía efectuando, tanto en la Radiodifusión- Televisión Francesa, como mediante mis colaboraciones en RTV, agencia privada de reportajes televisados. El Comité se inclinaba a nombrarme, pero no acaba de decidirse a causa de mi nacionalidad. En aquel entonces, había demasiados españoles trabajando en la UNESCO y la Conferencia General y el Consejo Ejecutivo llamaban constantemente la atención de la Secretaría de la Organización sobre la necesidad de respetar criterios de mayor representatividad geográfica a la hora de reclutar nuevos funcionarios. En virtud de ese criterio se hubiera debido privilegiar a algún latinoamericano cuyo país estuviese insuficientemente representado. Cuando la lista pasó de cinco a tres, mis amigos, que seguían de cerca el asunto, me insistieron para que buscara el pronunciamiento en mi favor de alguna figura relevante de América Latina. La única que conocía entonces era Miguel Ángel Asturias quien acababa por lo demás de recibir el Premio Nobel. Al acudir a él, dictó en mi presencia una carta que venía a ser como una especie de profesión de fe en mi futura latinoamericanidad y que resultó sin duda determinante para dirimir, entrado ya el año 1968, la elección definitiva. La carta, iba dirigida al Director General de la UNESCO, señor René Maheu y la copia se conserva, junto con la respuesta de éste, en la Biblioteca Nacional Francesa.

Durante mis primeros años en la UNESCO, seguí frecuentando en París a Miguel Ángel Asturias a quien llegué a entrevistar para los archivos de Televisión de la UNESCO, al igual que hiciera con Pablo Neruda o Jaime Torres Bodet. En esos años vivía ya en su apartamento de la rue Saint Ferdinand y, siempre hospitalario, recibía continuas visitas de escritores y estudiantes latinoamericanos alguno de los cuales me iba presentando, acentuando mis deseos de conocer por mí mismo la realidad latinoamericana.

La oportunidad se presentó cuando en 1973 el Departamento de Cultura de la UNESCO abrió a concurso un puesto de funcionario internacional que, radicado en la Oficina de La Habana, estaría destinado a viajar constantemente por América Latina. El concurso internacional estaba abierto tanto a los que ya éramos funcionarios de la Organización como a los que deseaban entrar

en ella. Decidí presentar mi candidatura pero, al comunicarle mi propósito a Miguel Ángel Asturias, éste trató de disuadirme, arguyendo que cómo viviendo en París con un buen trabajo en la UNESCO y relacionado con lo mejor de la intelectualidad francesa o latinoamericana, iba a cambiar situación tan céntrica por un puesto en un lugar tan periférico. Haciendo caso omiso de su consejo, me presenté resultando seleccionado, siendo así destinado a la oficina de La Habana en septiembre de 1973.

Al comunicarle la noticia de mi nombramiento, Miguel Ángel Asturias me recordó que había tratado de disuadirme del intento, agregando: “Ha de saber que mi consejo era totalmente desinteresado, ya que yo tengo el mayor interés en que usted se vaya a vivir a La Habana”. Fue entonces cuando me explicó las circunstancias que rodeaban el caso de su nuera, Rosario Valenzuela, y de su nieto Sandino.

Años atrás, Rosario Valenzuela, esposa de su hijo Rodrigo —el cual se hallaba en la guerrilla con el seudónimo de Comandante Gaspar Ilom, asumiendo así el nombre de uno de los personajes de la trilogía bananera— había sido raptada en México por la organización terrorista la Mano Negra con intención de llevarla a Guatemala. Miguel Ángel Asturias se hallaba en aquel entonces en Mallorca y alertado desde México, telefoneó al Presidente de este país, Luis Echeverría, quien dio orden de movilizar destacamentos del Ejército para cerrar la frontera con Guatemala. La rápida reacción de las autoridades mejicanas obligó a los raptadores a desprenderse de su víctima, arrojándola en una cuneta. Presa de pánico, Rosario Valenzuela pidió asilo en Cuba con su niño que debía tener entonces menos de diez años. A partir de ahí, Miguel Ángel Asturias llevaba más de dos sin noticias de ambos. Si tenía interés en que yo fuese a vivir a Cuba era porque pensaba que lograría dar con los suyos.

Antes de incorporarme a mi destino en Cuba, cumplí misiones para la UNESCO en Quito y Caracas y, llegado a La Habana, planteaba el caso a varios interlocutores y en particular a la doctora Cordelia Navarro, Vice-ministra de Educación, quien durante algún tiempo me decía que no aparecían las personas que buscaba. No obstante, ella misma me llamaba hacia finales de noviembre para comunicarme que se hallaban viviendo en un estudio ubicado en los altos del Hotel Nacional.

A primeros de diciembre de 1973, lograba así localizar a Rosario Valenzuela y a Sandinito, haciendo que éste escribiera de inmediato una carta que hice llegar a su abuelo por valija diplomática. En respuesta a ese primer envío, Miguel Ángel Asturias me envió una carta que comienza así:

Luis, Dios lo bendiga...

No encontré otra forma, sino la más castiza, para agradecerle su carta del 10 de diciembre, en la que me daba las mejores noticias de mis gentes, a quienes había visto y con quienes había conversado. Antes de esta carta, antes de tener noticias por el lado suyo, no sabía ni media palabra de cómo estaban, de qué hacían, de cómo iba

la salud de ellos y los estudios del chiquitín, y todo esto ha quedado aclarado gracias a su bondad, por eso, le repito castizamente, Luis, Dios lo bendiga...

En los meses siguientes conseguí mantener abiertos los canales de comunicación entre Asturias y los suyos. Sandinito aparecía como un muchacho noble e inteligente que bien merecía el orgullo que suscitaba en su abuelo. Su madre se esforzaba entonces por restablecer los puentes rotos entre Asturias y las autoridades cubanas, logrando antes de la muerte de éste que se hablase de una nueva invitación a Cuba por parte de Haydée Santamaría, Presidenta de la Casa de las Américas, consciente de que se le debía una reparación por todos los procesos de intención que se le hicieran en un pasado reciente.

A primeros de junio de 1974, hallándome en horas del mediodía en mi casa del Reparto Náutico en La Habana, recibía una llamada desde Madrid de Miguel, el hijo menor de Asturias. En síntesis me anunciaba que —aunque la noticia aún no hubiera trascendido a la prensa— la enfermedad de su padre había entrado en fase terminal y era su deseo ver a su nieto antes de morir. Temía, no obstante, que sacarle abruptamente de La Habana pudiera afectarle en su vida o en sus estudios, dejando en mis manos la decisión de hacer viajar o no al niño según mi buen criterio. Obviamente me movilicé, juntamente con su madre, para enviarlo a España. Se requería, no obstante, un mínimo de tiempo para los preparativos. Había que establecerle el pasaporte, obtener la visa española, y conseguir plaza en un vuelo hacia Madrid. En esos trámites transcurrieron un par de días dando lugar a que una nueva llamada de Miguel desde Madrid me anunciara el deceso de su padre, noticia que hube de transmitir a su nuera. Conmovido por la muerte de Asturias, a quien sólo había visto en alguna ocasión en mi casa, Aimé Césaire, me hacía llegar el poema “Cuando Miguel Ángel desapareció”, ya que el suceso le había inspirado y que terminaba así:

Cuando las flechas de la Muerte alcanzaron a Miguel Ángel
no se le vio desplomarse
sino más bien desplegar su estatura
al fondo del lago que se iluminó
Miguel Ángel sumergió su piel de hombre
y revistió su piel de delfín
Miguel Ángel se despojó de su piel de delfín
y se trocó en arcoiris
Miguel Ángel rechazando su piel de agua azul
revistió su piel de volcán
Instalándose montaña siempre verde
en el horizonte de todos los hombres⁴

⁴ La versión original completa del poema, así como su versión española, figuran en mi libro *Antología de Aimé Césaire*, Barcelona, Plaza y Janés, 1979.

Ya antes de la muerte de Miguel Ángel Asturias tuve ocasión de recordarle en visitas a su propio país. Su recuerdo me acompañaba al recorrer la ciudad escenario de sus luchas estudiantiles, al penetrar en el mercado de Ciudad de Guatemala, al visitar en su tienda de artesanías a su amiga Elvirita Aldana, al rendir visita a la ciudad de Antigua. Poco después de su muerte me tocó organizar por cuenta de la UNESCO, en octubre de 1974, una Primera Reunión sobre Cultura Maya en Ciudad de Guatemala, seguida de una Segunda Reunión sobre Cultura Maya en la ciudad hondureña de San Pedro Sula. En todo momento evocaba orgulloso con unos y otros especialistas de la región mi amistad con Asturias, hallando siempre un eco encontrado. Había quienes recordaban su figura con admiración, mas muchos otros me oían callando avergonzados. Decididamente, su nombre no dejaba indiferente.

Antes y después de la muerte de Asturias tuve la oportunidad de visitar los lugares mayas de Tikal, en Guatemala; Palenque, Uxmal, Bonampak y Chichén Itzá, en México; Copán, en Honduras. Pude así conocer directamente la gran cultura que Miguel Ángel Asturias revivió en su obra y cuyo esplendor vislumbré por vez primera en la gran exposición que él mismo organizara en 1968 en el Grand Palais de París con la generosa ayuda de André Malraux, en aquel entonces Ministro de Cultura de Francia.

Recorrí también en la década de los 70 la geografía de Guatemala para evaluar los daños causados en los monumentos por los sismos y los progresos realizados en su restauración. Así, en una ocasión, viajando en comitiva oficial, nos detuvo el Ejército para anunciarnos que acababan de sufrir una emboscada de la guerrilla. Instintivamente pensaba que acaso nos saldría a vuelta del camino Rodrigo Asturias con su gente...

Tuvieron, sin embargo, que transcurrir diez años tras la muerte de Miguel Ángel Asturias para que llegara a conocer a su hijo Rodrigo, el Comandante Gaspar Ilom de la guerrilla guatemalteca. Se dio la circunstancia de que el escritor español Francisco Umbral, encargado por la Universidad Complutense de Madrid de organizar un seminario de verano sobre las nuevas formas de luchas populares tras la desagregación de la Unión Soviética, me pidió mi colaboración para conseguir la presencia en el evento de líderes representativos de las luchas en el Tercer Mundo. Yo le propuse que invitase a Laurent Kabila y a Rodrigo Asturias. Del primero (que me conocía y respetaba desde sus tiempos de jefe de las juventudes lumumbistas de la provincia congoleña de Kananga) no tenía dudas de que haría lo imposible por acudir a la cita en El Escorial. Pero Rodrigo Asturias no me conocía y sólo podía fiarme a cómo mi nombre hubiera llegado a sus oídos. Le contacté a través de la oficina que su organización tenía en Amsterdam y acudió también a El Escorial. Así tuvimos la oportunidad de recordar juntos la figura de su padre, contrastando datos y situaciones de su existencia.

Antes y después, nunca el recuerdo entrañable del escritor guatemalteco se ha separado de mi mente. Así, movido por el deseo de rendirle homenaje,

escribía a finales de la década de los 90 el soneto “Miguel Ángel Asturias” plagado de referencias a las obras que le inmortalizaran:⁵

Solía, taciturno, erguirse cual pacaya
izando los quetzales de las verdes estrías,
Copán y sus estelas y sus estrellas frías,
Tikal y sus peldaños, y hombres de cota y malla.

Callado, era el gran lengua para su pueblo maya,
que apuntaba en silencio sus penas y alegrías,
o alzaba un viento fuerte por vengar tropelías,
fustigando al tirano de tralla y de metralla.

Al mirar por los ojos de muertos enterrados,
vio jades sumergidos en cenotes sombríos,
pirámides ocultas y penas y penurias.

Que asumió cuanto pudo los antiguos legados,
poniendo en superarlos lo mejor de sus bríos,
por obra de su verbo Miguel Ángel Asturias.

San Juan de Puerto Rico, octubre de 2005

Luis López Álvarez
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

⁵ En *Querencias y quererres*, Ferrol, La Coruña, Esquío, 2001.